

no le extrañe lo poco precoz de mi labor. Lo primera que escribí fué una cosa de tipo ideológico. A los once años aprendí griego, bajo la enseñanza del padre Gonzalo Coloma, hermano del célebre autor de *Pequeñeces*.

—¿Cómo era usted de niño?—le pregunté.

Quedóse un punto pensativo, cual si no lo recordase o no creyese, muy procedente la pregunta, y contestó sin darle importancia a la respuesta lacónica:

—Inquieto y un poco ruidoso, pero dócil. Mi mayor voluptuosidad ha sido la de sujetarme a normas.

—¿Le han gustado las corridas de toros?

—Sí, señor. Y he sido taurófilo hasta el año 1903. No faltaba a ninguna corrida con mi padre, y he visto torear a *Currito*, *Lagartijo*, *Frascueto* y a todos los toreros mas famosos de aquella época. Ningún aspecto de la vida española me es desconocido ni me fué indiferente.

—¿A qué edad empezó usted sus estudios universitarios?

—A los trece años, en que me recibí de bachiller. Estudié el primer curso de la carrera de Filosofía y Letras, con los Jesuitas, en Deusto, y luego en Madrid como alumno libre, y casi sin contacto alguno con la Universidad. Me doctoré a los diez y nueve años.

—¿Qué tema eligió usted para la Memoria del doctorado?

—Una cosa fantástica sobre los terrores del año mil... Luego dí lecciones en colegios particulares, hasta los veintidós años, en que me fuí a Alemania, viaje que me fué muy útil, porque allí se realizaba la integración de la educación alemana con la mediterránea, que tiende, ante todo, a la precisión del concepto y tiene un sentido más cósmico de las cosas que el latino, demasiado político.

—¿Cuándo y dónde se estrenó usted como escritor?

—En 1908, en *Blanco y Negro*, en un artículo sobre las ermitas de Córdoba, y luego publiqué algunos artículos en *El Imparcial*, producción bien escasa, por cierto. Ya le he dicho que me gusta más que escribir, meditar...

—¿Qué otros empeños periodísticos quiere usted que contemos?

—En 1908 fundé, con mi tío Ramón Gasset y con Rengifo, la revista *Faro*, y en 1915, con Ruiz Castillo...

—Cultísimo editor y cumplido caballero—agregué yo con asentimiento suyo—y devotísimo admirador de usted.

—Y con García Bilbao, *España*, periódico como el anterior, esencialmente político, entendiéndolo por político no solamente lo contrario del parti-

darismo, con el fin de ir contra la servidumbre, contra la esclavitud que imponen las ideologías, es decir, contra el fanatismo. Pretendíamos que la política fuese, ante todo, hacerse cargo del pensamiento histórico español. En ambos empeños fracasé...

Al enviar a *La Esfera* esta *interview*, celebrada cuando los políticos del régimen que llaman viejo no sospechaban el nublado que se les venía encima, me pregunto si el alzamiento militar que los aniquiló a impulsos de un anhelo renovador, la tranquilidad general con que ha sido acogido y los propósitos que se atribuyen al Directorio no serán el principio de la fructificación de aquella semilla política lanzada por Ortega y Gasset y demás intelectuales que le siguen en mérito y en idealidad patriótica, en *Faro* y en *España*. Si lo es, se equivocó el insigne pensador al decirme que había fracasado en los empeños ideales que acometían aquellas revistas.

—Después—continuó Ortega—he cooperado a la fundación de *El Sol*, el ensayo más honesto que se ha hecho de la creación de un gran diario: durante los tres años que yo intervine en él, ni un sólo instante se nos fué a la mano la empresa capitalista por lo que hiciésemos o dejásemos de hacer.

—Dejé *El Sol*—continuó Ortega—porque ví que le concitaba en contra la hostilidad de los Poderes públicos manejados por manos privadas. Cuando lo dejé había alcanzado una tirada de ciento veinte mil ejemplares a los dos años de vida.

Este éxito pregona lo que algunos envidiosos de los muchos méritos de este excepcional varón ignoran o fingen ignorar: que Ortega y Gasset es un verdadero maestro del periodismo.

—En 1909—prosiguió, contestando a mis preguntas—fuí nombrado profesor de la Escuela Superior del Magisterio, y en 1911 gané por oposición la cátedra de metafísica de la Universidad Central.

Modesto en demasía, callábase el definitivo triunfo de su viaje a la Argentina, en 1916, invitado reiteradamente por la Institución Cultural Española. En la Universidad de Buenos Aires dió un curso de filosofía, que tuvo mucha resonancia y trascendencia. Tampoco me habló de sus éxitos como conferenciante, de cuyo mérito da idea el hecho de ser el predilecto de las mujeres. Y es que tiene, como cuando escribe el estilo «hablado», en el cual como en sus obras impresas, se ve el sentimiento o la idea, más que brotados de sus labios, arrancados a nuestra mente o a nuestro propio corazón, cual tesoro cuya posesión ignorásemos, y que un maravilloso taumaturgo fuese sacando de nuestro yo, con la ventaja sobre aquél de que

en vez de sorprendernos de haber llevado ignorada tal riqueza ideológica o sentimental, nos parece naturalísimo el hallazgo, y hasta nos convencemos de que no pudimos pensar o sentir de otra manera. En sus conferencias, como en el resto de su labor, se ve surgir la idea fluidamente, desarrollarse con todos los accidentes que la animan, la varían, la completan o la restringen; engalanarse, prolongarse, replegarse sobre sí misma; florecer en melancolías, en esperanzas, en pesimismo, en ilusiones, en alegrías, en escrúpulos, en temores y en pesares hasta alcanzar su límite, que es la plenitud esplendorosa del ánimo oyente, y así se explica que haya hecho amable la Metafísica y que a su cátedra acudan no pocos oyentes sin ser estudiantes. Las aristas de su estilo inimitable, porque es el más personal de todos, reproducen la imagen, no solamente al través de su alma, sino haciéndonos creer también que de la nuestra, y para humanizarse más, para hacerse más amable, para atraer y cautivar más fuertemente nuestra atención, recurre a ingeniosos trucos que, supremo artista al fin, sóbranse variados y sugestivos, como aquel de vacilar de pronto, cortarse, dejarnos anhelantes, levantar la mirada hacia algo invisible para nosotros, y la mano abierta, a modo de niño al acecho de un insecto, como si persiguiera el vuelo de una idea que mariposeante le huyese, y a la postre, describiendo con la mano un rápido movimiento de segador, cerrarla cual si la hubiese cazado ya, y proseguir su discurso, mientras nuestro espíritu descarga la expectación en un suspiro de gozo... En tales trances, me ha recordado aquel otro atrevido truco de Brunetiére en una conferencia, después de leer—como él sabía—la célebre invocación a la Belleza, que es la última estrofa de *Hypatie*, de Leconte de Lisle: tras de hacer estallar el más cerrado aplauso, dejó estupefacto a su ensimismado auditorio, replicándole con semblante impasible:

—No estoy muy conforme que digamos con esto...

El público literario, que—como el taurino—no sabe sentir admiración por un cerebro privilegiado si no va contra otro, coloca frente a frente a Unamuno y a Ortega y Gasset. Por falta de espacio aplazo para *Nuevo Mundo* el esbozar un paralelo entre ambos grandes ingenios, necesario para completar el presente boceto de silueta, y para satisfacción de la curiosidad de aquel público.

—¿Está usted satisfecho del trato que le ha dado la crítica española?—le pregunté.

—No—me dijo con leve amargura—.

(Pasa a la página 333).